

VOL. 1 N° 10

MARZO 1954

Mirabilia



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 10
MARZO 1954
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA (2.ª Parte):

LA ISLA DEL DRAGÓN, por JACK WILLIAMSON
El protoplasma es el principio de la vida: el que lo domine, tendrá un poderío sin límites.

CUENTOS:

EL PILOTO Y EL SALVAJE, por SILVIA JACOBS
La fe en la propaganda mueve los planetas

LOS MARCIANOS NUNCA MUEREN, por LUCIUS DANIEL
El guardaespaldas perfecto, fiel y transmutador

MANTENGAN LA FORMA, por ROBERT SHECKLEY
La bondad tiene su recompensa, aun si es difícil describirla

CUENTOS CORTOS:

LOS OTROS HUMANOS, por JAMES SHMITZ
El que busca encuentra, a menos que lo encuentren a él

SOMOS CIVILIZADOS, por MARK CLIFTON y ALEX APOSTOLIDES

El vencido vence al vencedor de los vencidos

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

EL SOL, por JOSÉ F. WESTERKAMP

Continación de LA CONQUISTA DEL ESPACIO

TÚNELES TERRESTRES, por WILLY LEY

La gravedad y las perforaciones

NOVEDADES CÓSMICAS:

¿PARA CUÁNDO LA ENERGÍA ATÓMICA?

ESPACIOTEST

CONTESTANDO A LOS LECTORES

EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Camps

El ajedrez será artículo de exportación de la Tierra a otros planetas. ¿Qué pasatiempos importaremos nosotros de Venus?

POESÍA DE LA INVESTIGACIÓN

LA investigación científica, en nuestros días desprovistos de poesía, a menudo tiene finalidades determinadas por los gobiernos o por las grandes compañías que la financian. Sin embargo, solo la investigación libre, animada por la «chispa divina», puede brindar al hombre de ciencia la indescriptible emoción de saber que está luchando para aclarar los misterios del Universo, y ella sola contiene, pulsante y eterno, el germen del progreso. Esta «chispa divina» es la fantasía, que se manifiesta —en el campo científico— en la inspiración genial de un Newton o de un Fermi, y —en el campo literario— en algunos cuentos o novelas que franquean orgullosamente los límites de lo usual y de lo posible. Que esto lo afirme un editor de *MÁS ALLÁ* puede parecer presunción o propaganda. Pero cuando lo afirma un ganador del Premio Nobel en física, *sir* Edward Appleton, rector de la Universidad de Edimburgo, en el *Bulletin of the Atomic Scientists*, es otro cantar.

Escribe *sir* Edward:

Es posible que el hecho más extraordinario de la ciencia moderna, en sus investigaciones que van desde el corazón del átomo hasta las fronteras del Universo, sea que ella, al par de la poesía y al par de la filosofía, descubre profundidades y enigmas más allá y muy diferentes del mundo ordinario y común al que estamos acostumbrados. La ciencia ha devuelto al Universo las calidades de riqueza inagotable, de sorpresa y de maravilla, que parecía haberle quitado...

Es siempre una idea llena de imaginación o una intuición que da el avío inicial al trabajo experimental... Es como si el conocimiento estuviera empeñado en una partida de ajedrez con la mente, y uno tiene que estar alerta en todo momento, con tácticas nuevas y con estrategias revolucionarias.

Hay que formular a la naturaleza las preguntas justas en la forma más directa; al hacerlo —y también cuando uno logra reconocer un sistema o un orden teórico en un cúmulo de datos experimentales—, a menudo se obtiene el efecto de introducir un elemento de belleza y de elegancia en el trabajo del hombre de ciencia. ¿No hablamos a menudo de una teoría hermosa o de un experimento elegante? Un gran experimento nos parece algo que, por alguna razón, no hubiera podido ser hecho de manera diferente. Cambiarle o agregarle algo reduciría su belleza. Desde este punto de vista, un gran experimento está, sin duda, en la misma categoría que una gran obra de arte.

La ciencia es una de las experiencias mentales más complejas y de mayores alcances... A veces, llegamos a asir precariamente una verdad incompleta, y la conciencia de esto nos impele a buscar verdades más completas y lograr un entendimiento nuevo... El perseguimiento de la ciencia presenta a la mente humana un desafío permanente a lo largo de una frontera ilimitada, que es cosa muy diferente del enriquecimiento material de la humanidad que puede ocasionar accidentalmente.

N las páginas de *MÁS ALLÁ*, la inseparable mezcla de fantasía y de ciencia está presente en sus dos aspectos principales: el literario, en los cuentos y novelas que llenan su mayor parte, y el exclusivamente científico, en las informaciones y artículos que dan cuenta de los resultados de esa gran partida de ajedrez en que está empeñado el inquieto espíritu del hombre moderno.

Y si no hay contraste entre la ciencia y la literatura es porque ambas están iluminadas por la prodigiosa y fascinadora luz de la fantasía.

EL PILOTO Y EL SALVAJE

Por SYLVIA JACOBS



Ilustrado por David Stone

Eran hombres de una civilización superior, pero el encanto primitivo de la Tierra les jugaría una mala pasada...

EL embajador del Espacio Exterior se levantó, apretando calurosamente la mano extendida de Jerry Jergins. Jerry se había preparado para casi cualquier cosa: un *brontosaurio* erudito, quizás, o una oruga gigante con poderes telepáticos. Pero el embajador no tenía ni siquiera antenas, branquias o pelo verde. Era un ser humano completamente normal y hasta buen mozo.

—¿*Whisky*? ¿Cigarrillos? —ofreció cordialmente el embajador—. ¿En qué puedo serle útil, señor Jergins?

Observándolo, Jerry decidió que había algo de raro en este extraterrestre. Era demasiado perfecto. Su afeitada era demasiado al ras, su piel tan tersa que hacía pensar en las figuras de cera. Cada hebra de su cabello, de un distinguido color gris, estaba impecablemente dispuesta. El descuido elegante de sus ropas cubría un cuerpo que parecía una escultura griega del siglo VI a. de J. C. Ningún ser humano común tendría una apariencia tan serena, tan atildada, a las tres de la tarde, en una oficina ocupada. ¿Sería una raza, se preguntó Jerry, capaz de tomar por mimetismo y a voluntad cualquier forma de las razas indígenas de cualquier planeta?

—Usted puede serme útil, pero no estoy seguro de que lo quiera —dijo Jerry—. Corre el rumor de que no van a hacer nada para aliviar la huelga de compradores que por culpa de ustedes hay en la Tierra.

El embajador sonrió.

—Me parece que usted no está acostumbrado a recibir el no por respuesta. ¿Cuál es su proposición?

—Me agradaría entrar en contacto con algunas de las firmas de los Planetas Federados, mostrarles cómo se puede colocar su mercadería en la Tierra. La Tierra está clamando por sus productos. Para establecer un medio de intercambio, tendríamos que llevar a cabo campañas simultáneas, haciendo propaganda de las mercaderías terrestres en otros planetas.

—Eso sería difícil, aun para un hombre que fuera tan hábil como usted para la propaganda —dijo persuasivamente el embajador—. Imagínese: la Tierra es el único planeta, entre los de hemos descubierto hasta ahora, donde la propaganda existe como fuerza social y económica.

—¿Cómo diablos puede alguien arreglárselas para hacer negocios sin ella? —preguntó Jerry.

—No hacemos negocios en el sentido que usted se imagina. No me interprete mal —añadió con premura el embajador—; no tenemos tampoco una economía comunal. Nuestro bien definido sentido de la ética respecto de los bienes materiales es algo que me resulta imposible describir en el lenguaje terrestre. Es muy simple, tan simple que habría que haber nacido en él para entenderlo. Toda nuestra actitud frente a los bienes materiales está condicionada por el *repositor de materia*.

—¡Ese aparato!... —dijo Jerry amargamente—. Todos los disgustos en la Tierra comenzaron cuando usted lo mencionó por primera vez en la asamblea de la ONU. No hay nadie que no tenga la esperanza de comprar un repositor de materia, y luego no tener que comprar nada más. Si vine aquí fue especialmente para preguntarle si es verdaderamente cierto que teniendo uno de esos aparatos uno puede traer lo que quiere a su casa.

—Así es. En la práctica, por supuesto, si uno repusiera la primera tontería que se le ocurriere provocaría la anarquía económica.

—Pongámoslo de otra manera —insistió Jerry—. Mis mejores ventas las hice en artículos para el hogar. Ahora bien, cuando tratamos de vender una heladera, la candidata o cliente dice que está ahorrando dinero hasta que llegue a la Tierra el repositor de materia. Ella tiene el proyecto de repositar su heladera..., no desde la cocina de su vecina (eso sería robar), sino desde la fábrica. Si la fábrica se arruina, la gente supone que el gobierno tendrá que otorgar subsidios. Ahora bien, ¿puede esa mujer, en realidad, repositar una heladera?

—Podría. Pero no querrá.

—¿Por qué no? —preguntó Jerry intrigado.

—Porque si ella tuviera el deseo ilógico e inútil de refrigerar la comida, repositaría simplemente una masa de aire helado de, digamos, el Polo Norte.

—¡Formidable! —dijo Jerry sarcásticamente—. ¡Eso causaría más desembolso en la industria de las heladeras que repositarla sin pagarlas! ¿Qué quiere decir usted con eso de que refrigerar la comida es ilógico e inútil?

—Bueno, en un depósito de comestibles podría haber alguna razón para preservar la comida. Pero no se necesita ni frío ni envasado. ¿Por qué no repositar las bacterias que deterioran el alimento? No hay ninguna necesidad de almacenar comida en una casa equipada con un repositor de materia. Usted simplemente reposita una comida por vez. Frutas y vegetales directamente del árbol o del campo. Carne de una carnicería, ya que no es humano sacarle un bife a una vaca viva. Pero hasta eso es innecesario.

—¿Por qué? —Jerry preguntó desconcertado.

—Para poder dedicar la mayor cantidad de esfuerzos a actividades no materiales, cada consumidor puede repositar los elementos químicos de la comida, sintetizar su comida en la mesa. Puede incluso repositar estos elementos directamente en su estómago, o para evitar el esfuerzo de la digestión, en su sistema circulatorio como glucosa y aminoácidos.

—De manera que las heladeras serían tan útiles como las lámparas a queroseno en una ciudad con electricidad —admitió tristemente Jerry—. Supongamos que la señora dueña de casa, ya que no necesita una heladera, reposita una máquina de lavar. A lo que quiero llegar es: ¿hay alguna manera práctica de compensar a la fábrica, darle algún incentivo para producir más máquinas de lavar, sin necesidad de que haya control gubernamental?

—¿Para qué quiere producir la fábrica más máquinas de lavar? ¿Quién querría una? La dueña de casa repositaría simplemente la suciedad de sus ropas al jardín, sin utilizar ni agua ni jabón. O, más probablemente, repositaría nuevas ropas con diferentes colores, telas y estilos. El repositor de materia eliminaría tejedurías y sastrerías. Los océanos terrestres tienen la suficiente cantidad de alga como para eliminar la necesidad de cultivar el algodón, la lana o el lino. O, también, usted podría repositar los elementos químicos, ya sea de la tierra o del agua de mar.

JERRY ponderó las extensas consecuencias de estas revelaciones. Por fin dijo:

—En resumen es esto: Todo el bullicio de la actividad material de la Tierra, todo el transporte y la construcción, toda la minería y la industria, el cultivo, la pesca, la prensa y el correo, los barcos y aviones, la limpieza, la pintura, el servicio sanitario, hasta el baño y el arreglo personal, consiste, si se analiza, en un solo proceso: sacar algo de donde uno no lo quiere y ponerlo donde uno lo quiere. ¡No queda un solo invento terrestre para hacerle propaganda!

—Ni uno —coincidió el embajador—; por cuya causa, justamente, la propaganda no se ha desarrollado en los Planetas Federados. Usted tiene suerte de que la Tierra no tenga repositorios de materia. De lo contrario, se quedaría sin trabajo.

—¡Oh, no! —dijo Jerry—. Todavía me quedaría el repositor de materia mismo. Ya sé que otras personas le preguntaron esto antes; pero ¿podría una compañía terrestre obtener la franquicia para importar esas máquinas aquí, o los derechos para fabricarlas?

—No —dijo el embajador, breve y definitivamente.

—Señor Embajador —protestó Jerry—, usted se tomó el trabajo de explicarme una cantidad de cosas que ya debe de estar cansado de explicar a otros terráqueos, solo para que yo personalmente pudiera estar seguro de que no eran meros rumores o malas interpretaciones. Ahora que llegamos al punto interesante, usted se pone de golpe intratable. ¿Por qué?

—Porque toda vez que una civilización más avanzada se pone en contacto con otra relativamente primitiva, se plantean cuestiones de ética muy serias. Por ejemplo, cuando los blancos llegaron a América, los aborígenes trabaron conocimiento con la pólvora y el fusil.

—¡De manera que ustedes están manteniendo los repositorios de materia lejos de nosotros, igual que la mamá tiene el dulce lejos del chico que se está muriendo por él, porque no le hace bien! Usted dejaría pasar la ocasión de poner su precio...

—Esa sola última frase señala todo el peligro. Usted considera la ganancia personal como el motivo más poderoso, lo cual significa que el repositor de materia sería utilizado para eso, aun por aquellos miembros de su raza con una inteligencia tan fuera de lo común como la suya.

—No trate de dorarme la píldora... —dijo Jerry enojado—, ¡después de haber dicho que los terráqueos no son más que salvajes desnudos, comparados con los todopoderosos superseres de los otros planetas!

—Le pido mil perdones por mi manera de hablar —dijo el embajador—. Se debe al escaso dominio que tengo sobre su lenguaje.

—¡Qué escaso dominio ni que ocho cuartos! Yo creo que ustedes, superhombres, se divierten viéndonos sufrir. ¿Para qué hablar con tanta solemnidad acerca del daño que podrían hacer, si ustedes saben muy bien que el daño ya ha sido hecho? La simple noticia de que algo así como

el repositor de materia podría existir ha hecho aumentar astronómicamente el desembolso, y el mercado se ha venido todavía más abajo. ¡Y ustedes se atreven a teorizar acerca de la ética mientras nos niegan la única cura! —Jerry luchaba contra el impulso casi irresistible de hundir su puño en el demasiado perfecto perfil del extraterráqueo, lo cual (tuvo tiempo de darse cuenta) no haría otra cosa que probar los puntos de vista que el embajador tenía acerca de los salvajes.

—Vamos, vamos —dijo benévolamente el embajador—, tomemos otra copa. Después veremos si puedo ponerle en claro por qué la importación de repositores de materia causaría muchas más dificultades en la Tierra que el anuncio de su existencia, por malo que sea el efecto causado por este. Para empezar, reconozco que cometí un serio error al mencionar el aparato ante la asamblea de la ONU. Solo tenía la intención de explicar cómo había llegado aquí, sin la ayuda de ninguna nave espacial. Después me abrumaron con preguntas; no pude evitar el contestarlas de la misma manera que no puedo evitar el responder a las suyas. Sí, reconozco que fue un error.

—¿De manera que ustedes, superseres, admiten que son lo bastante humanos como para cometer errores? —preguntó Jerry, algo pacificado.

—Naturalmente que los cometemos. Pero tratamos de no repetirlos. Mire: una vez cometimos el error de exportar repositores de materia a un planeta cuyas reservas naturales y conceptos sociales no eran adecuados para el aparato. Eso pasó hace mucho tiempo, y todavía no se han recuperado de sus efectos. Supongamos que mañana llegara a la Tierra una partida de diez mil repositores de materia. Bajo el sistema económico de ustedes, ¿quién se quedaría con ellos?

—Las diez mil personas que tuvieran más dinero para pagarlos, supongo. A menos que el gobierno se hiciera cargo de la cuestión.

—¿Puede usted asegurarme que entre esas diez mil personas no hay ninguna que sea inescrupulosa?

—¡De ninguna manera! —dijo Jerry—. ¡Al contrario! ¿De dónde habrían sacado el dinero si no lo fueran?

—Bueno, para ser generosos, pongamos que 9999 de sus personas más ricas son tan honestas que nunca se lucrarían a expensas del bien público. Eso nos deja un solo ladrón. ¿Qué es lo primero que este repositaría?

—Hum..., quizás el oro de la Tesorería Nacional.

—¿Y cuáles serían los efectos sobre las finanzas de la Tierra?

—No estoy seguro —admitió Jerry—. No soy ningún especialista en teoría del dinero; pero que creo que el hecho no ayudaría en nada a mejorar la situación mundial.

—**S**UPONGAMOS que la idea siguiente de este señor es apoderarse del presidente de los Estados Unidos y exigir un rescate por él. Dado que él no necesita más plata, el precio que pondría podría ser la promulgación de leyes que le otorgaran inmunidad para los crímenes que cometiera. O si no, podría disponer el repositor de materia de manera que lo sacara de la cárcel, o aun de la silla eléctrica.

—¡Suficiente! ¡Ya me doy cuenta! —exclamó Jerry.

—Espere; hay un punto más importante. Supóngase que un gobierno, que usted considera que es el gobierno malo, se apodera de algunas de las máquinas. Antes que nada, por supuesto, repositaría todas las bombas atómicas que hay actualmente en existencia. Luego repositaría bacterias dañinas en el torrente sanguíneo de las tropas de la ONU, de los oficiales y de los obreros civiles. Por último repositaría todas las municiones de los fusiles de la ONU. En